

2º. Domingo de Pascua. Año A

Lectio divina sobre Jn 20,19-31

El evangelio hoy nos presenta dos escenas, y dos motivos, de la única experiencia pascual: al atardecer del día de Pascua, Jesús irrumpe en medio de sus discípulos y rompe su aislamiento y sus miedos, dándoles la paz y una misión nueva, la de perdonar los pecados. Superada su incredulidad, les da su aliento, su espíritu de vida nueva y les hace nuevos hombres con un quehacer nuevo, el perdón universal. A los ocho días, Jesús reaparece para ganarse a la fe al discípulo que, por no haberse encontrado con él antes, no podía creerse cuanto le contaban sus condiscípulos. La condescendencia de Jesús tiene como objetivo, más que hacer creyente a un incrédulo, alabar a los creyentes si lo son sin necesidad de 'tocar' el milagro; *incluso la confesión de Tomás, de las mejores en toda la Escritura, no es comparable con la de aquéllos que no necesiten 'ver' al Resucitado para 'creer' en él.* Quien cree de verdad en la resurrección no puede permitir que el miedo lo encierre en sí y en sus problemas familiares; tiene el mundo como tarea y el perdón como misión. Para creer en el Resucitado, no hace falta verle vivo, basta con creer que vive.

Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo:

-«Paz a vosotros.»

Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió:

-«Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.»

Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo:

-«Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.»

Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían:

-«Hemos visto al Señor.»

Pero él les contestó:

-«Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo. »

A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo:

-«Paz a vosotros.»

Luego dijo a Tomás:

-«Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.»

Contestó Tomás:

-«¡Señor mío y Dios mío!»

Jesús le dijo:

-«¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto.»

Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Éstos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida da en su nombre.

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

El texto nos transmite la crónica de dos encuentros del Resucitado con sus discípulos; aunque localizados ambos en Jerusalén, no ocurren el mismo día ni tienen idéntico objetivo. El primero (20,19-23), que acontece al atardecer del día de Pascua, sigue el esquema de los relatos de aparición: presentación inesperada de Jesús, gozoso reconocimiento y misión universal; el segundo (20,24-29), una semana después, elabora un motivo recurrente, el de la incapacidad para creer en la resurrección para quien no se haya topado personalmente con el Resucitado. La comunidad de creyentes y el creyente individual nacieron, por igual, de un encuentro con el Señor Jesús: cuando éste se presenta al grupo e, identificado, le confiere una misión universal, nace la Iglesia; cuando se da a conocer a un discípulo y supera su incredulidad, lo convierte en creyente.

El primer relato es, pues, la 'partida de nacimiento' de la comunidad cristiana: el Resucitado confiere su poder, el Espíritu, y su misión, el perdón de los pecados, al grupo de discípulos que elige como testigos. El segundo relato, en cambio, dramatiza el camino individual para llegar a la fe en la resurrección: hubo quien, no valiéndole la experiencia

de sus colegas, tuvo que ver y tocar al Resucitado; mejor le hubiera sido creer sin otro apoyo que la predicación apostólica.

El primer relato, aunque reducido a lo esencial, es más importante. Jesús Resucitado encuentra al grupo, encerrados en su casa y atrapados por sus miedos. La muerte de Jesús ha llenado de angustia la existencia de sus seguidores. Puede percibirse una clara intención apologética: de unos hombres aterrados no habrían salido valientes predicadores de no haberse dado un encuentro real con el Señor Jesús. La presencia inesperada de Jesús en medio de ellos les devuelve la alegría. El Enviado de Dios, devuelto a la vida y vuelto al Padre, encarga a los suyos de su propia misión y los hace sus enviados (20,21: *como a mí..., también yo*). La encomienda es un acto de investidura y una prueba de confianza: el traspaso de tareas de Cristo a los cristianos los hace *nuevos* hombres, reciben del Resucitado su aliento vital y una misión que los recrea. Que la experiencia pascual sea el origen, y la razón, de la misión cristiana es una convicción presente en toda la tradición evangélica (Mc 16,15-16; Mt 28,19-20; Lc 24,47; Hch 1,8). Típico de Juan es contemplar la misión de la iglesia como perdón universal del pecado: la comunidad cristiana el único lugar en el mundo donde ya no tiene futuro el pecado.

El segundo episodio, más desarrollado, describe cómo se ha de llegar, personalmente, a la fe en la resurrección. Juan ha querido así mostrar que no fue el testimonio de los discípulos (20,25) sino el Resucitado en persona quien condujo a sus testigos a la fe en Él y, al mismo tiempo, que no hará falta de una intervención especial suya para que crean los que vienen detrás; a éstos le ha de bastar el testimonio apostólico. Tomás, uno de los doce (11,6; 14,5), personifica la incapacidad de los primeros discípulos para aceptar el hecho de la resurrección de Jesús; al mismo tiempo, hace ver la dificultad de esa segunda generación cristiana que tendrá que creer sin constatar; de hecho, Tomás *no estaba con ellos cuando vino Jesús* (20,24). Su insistencia en tocar y ver, palpar para identificar y creer (20,25; 4,48. Lc 24,37), tiene que ver con su forma de concebir la resurrección final de los cuerpos: no ve imposible la resurrección, pero pone condiciones para aceptarla. En realidad, Tomás no pedía más que lo que Jesús concedió a los demás (20,20; 20,18.25). Pero una cosa es que se lo concedan y otra que lo exija. Y aunque Jesús le dé lo que pedía para creer (20,27), no le hace concesión alguna en su respuesta: los creyentes, cuanto más alejados de los sucesos pascales estén, tanta mayor oportunidad tendrán ser creyentes bienaventurados. A los actuales oyentes del evangelio van dirigidas esa advertencia y esa promesa: es posible creer sin tocar todas las pruebas; sólo esta fe es capaz de hacernos felices.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Juan recuerda lo sucedido al atardecer de aquel primer día, cuando Jesús, recién Resucitado, tuvo que sacar a sus discípulos de sus miedos y de sus dudas y logró convencerles de que estaba realmente vivo. Aquel día nació el cristianismo: *recordar hoy nuestros orígenes, el momento fundacional de nuestra fe y de nuestra vida común, debe llevarnos a recuperar la misión para la que, como cristianos, nacimos al mundo*. Dos son, en especial, las tareas misioneras que se les impuso a cuantos aquel día supieron que Jesús estaba vivo. Retomarlas como propias, a la distancia de dos mil años, seguro que nos hará reencontrarnos con el Resucitado, la experiencia que está a la base de nuestra fe cristiana. Esta es nuestra oportunidad.

Encerrados estaban los primeros discípulos en sus miedos y en sus casas, aunque Jesús ya había resucitado; su temor a los judíos les obligó a reunirse y compartir su incertidumbre: alarmados aún por cuanto le había ocurrido a Jesús días antes, *no se podían imaginar que Dios hubiera ya intervenido* a su favor. Y tuvo Jesús que presentárselas lleno de vida e imponerles una tarea: les envió al mundo con su Espíritu como viático y el perdón de los pecados como quehacer. ¡Extraña encomienda a quien rehuía el mundo y no escondía sus miedos! Si el ver de nuevo a su llorado Señor les llenó de alegría, fue la concesión de su Espíritu y el mandato de perdonar lo que los liberó de sus temores y cambió sus vidas: Jesús les inspiró su aliento y creó en ellos nuevas posibilidades; *de hombres incapaces a salir a la calle por miedo a morir como su Señor se convirtieron en valientes testigos de su resurrección*. Por aceptar la misión de perdonar al mundo al que antes tanto temían, obtuvieron en propiedad el Espíritu de Jesús Resucitado: *resucitaron también ellos aquel día... ¡para perdonar al mundo!*

¿No nos sentimos reflejados en esos discípulos que preferían vivir atenazados por sus miedos, evitando encontrarse con la hostilidad de su entorno, y que, por lo mismo, corrían el riesgo de no encontrarse con su Señor Resucitado y se perdían la oportunidad de recuperar la alegría y el valor?. Nos seguimos pareciendo a esos discípulos primeros, arriesgándonos como estamos a perder el entusiasmo y el gozo de ser cristianos: Cristo vive, -¡ha resucitado!-, y los cristianos vivimos para confesarlo, sin miedos ni complejos. Y es que *no se puede saber que Cristo ya ha resucitado y seguir viviendo como si estuviera aún muerto*; si realmente nos creemos que Jesús vive no tenemos derecho a callárnoslo, reclusándonos en nuestras casas y rehuyendo el testimonio: silenciando nuestra experiencia, condenamos al anonimato a Jesús y hurtamos al mundo el perdón de Dios.

Podemos estar inutilizando la resurrección de Jesús, si damos por muerto al que está vivo, ocultando nuestra fe y escondiendo nuestra vida cristiana. Saber que El vive para siempre es la mayor alegría para quien lo creía ausente y muerto. Quienes de ello estamos ciertos no nos desalentamos por la hostilidad del ambiente o la aparente ausencia

de su Señor; sabemos que contamos con el espíritu del Resucitado y podemos enfrentarnos a quien nos menosprecie por nuestra fe.

Y no sólo eso: los testigos del Resucitado se saben *enviados a ese mundo hostil con la precisa tarea de perdonarlo*. Precisamente porque Jesús, devuelto a una vida sin fin, ha vencido la muerte y el pecado, el odio y la división, sus testigos no pueden reducirse a proclamarlo con palabras, tendrán que aportar hechos nuevos; y nada más renovador, nada más revitalizador, nada más divino que la oferta universal de perdón. *El cristiano que no puede perdonar no es testigo fehaciente de la resurrección*; no importan los males que le haya ocasionado el mundo, pues no depende de la malicia sufrida su capacidad de perdonar, sino del mandato de Jesús y de la posesión de su Espíritu.

El perdón que logremos conceder, la pacificación que instauremos, serán la mejor demostración de la resurrección de Jesús. Porque si algo necesita nuestro mundo, la sociedad y el corazón, es vivir reconciliado, pacificado interiormente, sanado en profundidad. Y sólo el cristiano, seguro como está de que Cristo vive, sabe que cuenta con *el poder y el deber de perdonar* a los demás. Si hoy los cristianos no tomamos en serio la misión de Jesús Resucitado, perderemos no sólo su Espíritu sino también nuestra razón de ser en el mundo.

En vano habrá resucitado Jesús, si donde existe un cristiano no hay una razón más para la paz entre los hombres, un paso más hacia la reconciliación, una oferta renovada de perdón sin contrapartidas. Quizá nos está pasando como a Tomás, que no podía creerse que Jesús estaba vivo porque él no lo había visto personalmente. ¡Seguro que nos cae simpático este apóstol que quería tocar con las manos para poder creer con el corazón! Su incredulidad, que nos resulta tan familiar, chocó, no lo olvidemos, con la desautorización de Jesús. Y ello, a pesar de haber inventado una de las fórmulas mejores de fe, tan bella como sincera: 'Señor mío y Dios mío'. No le faltó tiempo a Jesús para replicar que *mejor es creer sin ver que confesar tras haberse cerciorado*.

Para ser testigos de Jesús en el mundo, para saberse enviados suyos con el perdón como misión, no hace falta, pues, haberle visto, sino saberlo vivo: crear paz y reconciliación, la que esté a nuestro alcance, es el modo eficaz de creer en la resurrección de Cristo. Sentiremos vivo a Jesús sin necesidad de palpar su cuerpo resucitado, sentiremos en nuestro corazón su aliento vital, si vivimos del perdón recibido y para dar vida a todo proyecto de reconciliación entre los hombres. *El cristiano que tiene ocupadas sus manos en perdonar no necesita palpar a su Señor Resucitado: vive de su Espíritu y con su misión. No necesita más para creer mejor*. ¡Bienaventurados nosotros si, porque sabemos que Cristo vive, vivimos en paz con nosotros mismos y pacificando el mundo!.

III. ORAR: desear que se realice en mi lo que he escuchado

Presentándote resucitado a tus discípulos, Señor, les diste paz y tu aliento, y los enviaste al mundo. De este encuentro nació tu iglesia y el mundo tuvo quien lo perdonara. Encuéntrate con nosotros de nuevo, Señor, que el mundo sigue necesitando de tu perdón y nosotros de la alegría de saberte vivo. Encuéntrate con nosotros de nuevo, Señor, que seguimos encerrados en nuestros miedos y en nuestro silencio: llénanos de tu aliento y mándanos a perdonar. Está el mundo hoy tan necesitado de perdón y paz como tu iglesia de tu Espíritu.

Seguimos queriendo, como Tomás un día, tocarte para confiar en ti, verte vivo para saberte resucitado. Déjame que me aferre a ti para no sucumbir bajo el peso de mis dudas. Tócame el corazón y hazlo creyente. No permitas que deje de vivir en comunidad de apóstoles, aunque sea apresado por mis miedos, para que cuando vengas me encuentres, me llenes de paz y de tu Espíritu. Y si no estuviera cuando vengas, regresa y recupérame, mi Dios y Señor.